

Para Fefel Varona,  
herido por las bombas de la Fuerza Aérea yanqui  
mientras visitaba una escuela  
en la República Democrática de Vietnam.  
Muerto el 24 de marzo de 1968,  
en Moscú,  
a consecuencia de las heridas.

## E L E G I A   C O N   R E C U E R D O

"Yo quiero ser, llorando, el hortelano  
de la tierra que ocupas y estercolas,  
compañero del alma, tan temprano."

-- Miguel Hernández

Yo hubiera escrito este poema para ti  
cuando llegó el aire cegador de los holocaustos  
en la boca sorprendida e incrédula  
de un camarada herido por tu herida.

En los ojos que traía la tarde,  
llenos del humo moribundo de las seis,  
percibí una pequeña hidrografía luminosa,  
trasegada al sudor de una tensa nervadura indignada  
por el presentimiento de tu piel dolorosa.

Yo hubiera escrito este poema para ti  
cuando el corazón me sabía en la boca  
a la amarga saliva de las furias más tristes.  
Pero no me dio el pulso ni el aire  
podía atravesar un pecho atravesado  
por un coágulo de odio.

Después llegué a pensar cómo eras de día,  
de noche, en la tertulia improvisada al filo  
del trabajo, en la reunión visperal de las acciones  
y en la mesa cargada de aspiraciones ebrias.  
Pero tú hendías la distancia con una voz perdida  
y el rostro como un óleo querido y desgarrado  
en la armella luciente en que debió colgarse.

A pesar de que estabas horadado y vacío,  
inventamos el día de tu vuelta ruidosa

con todos los temblores que ocultaba la tierra  
cuando vibrabas con la luz sobre sus granos  
porque tenías una idea cantándote en la sangre.

En Cuba, la aurorante dotación asediada,  
donde la alegría aplaude como una risa tuya,  
viniste desde una nunciadora muchacha abrasadora  
que decía tu nombre y sonreía un recuerdo.

Imagino que hoy, además, rememora tus manos musicales  
otra muchacha mientras pasea por Vencesláv en Praga,  
sin hacer caso al Príncipe antiguo y equinal.

Y sobre todo espero que tu brega de tibio adolescente  
tenga, como un milagro, un trofeo glorioso  
en la memoria pura de una muchacha vietnamita triunfante.

Allá sí puedo reconocerte,  
donde la mañana sale a limpiar los fusiles  
para evitar que el día se caiga en un estruendo.  
Puedo verte, delgado como el arroz heroico,  
cruzando por los campos que insultan a la muerte,  
enfureciendo de amor ante los ojos asustados de los niños  
bajo un techo de horrorizada tierra.

Yo hubiera sido, quiero, contigo, otro  
que tendiera su vida sobre ti por retenerte  
o siquiera una espiga madura, como eras,  
para la mártir hambre de paz y de victoria  
que tiene monumentos de sangre voluntaria  
en cada humano corazón latente.

Pero ahora ya, ahora callado  
con tus ojos perdidos y tu frente dispersa  
en un país donde el sol tiene espumas de rabia  
y las flores disparan para salvar el polem  
ahora ya no puedo sino cubrir con mi palabra  
tu cuerpo detenido y madurar el corazón  
para seguirte por el fuego que dejaste en la huella.  
Mientras tanto, te entrego, te dejamos  
como dejando en manos de un valiente la vida,  
a la tierra que quiere guardarte y sostenerte  
porque puedas mañana visitar más escuelas  
en la tierna palabra futura de los hijos.

Porque sé que amarías morir donde caíste  
ignorando la muerte bajo sus aviaciones,  
no estoy más triste que lo he estado siempre  
en una patria que se aja con dejarte  
como estás, ya recio y muerto, ya muerto y descendido,  
como después tus asesinos grises y aceitunados.  
Solo golpeo el cielo para que sepa y lllore  
que él también está solo  
como tú y yo y nosotros.

M  
a  
r  
c  
o  
s  
  
R  
o  
d  
r  
í  
g  
u  
e  
z

F  
r  
e  
s  
e